

LA LITERATURA COLOMBIANA

(Continuación)

Fuera de este libro fundamental, se publicaron en el período de que tratamos obras históricas importantes, como las *Memorias para la historia de la Nueva Granada, desde el descubrimiento hasta 1810*, publicadas en 1850 por el doctor José Antonio Plaza (1809-1854), y el *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo XVI*, obra editada en París en 1848 por el general Joaquín Acosta, nacido en Guaduas en 1800 y muerto en el mismo lugar en 1852. Acosta fue un sabio benemérito que, además de este libro, tan valioso por la investigación como agradable por el estilo, dejó otros trabajos, como sus *Lecciones de geología*, y la traducción de los *Viajes científicos a los Andes ecuatoriales*, de Boussingault. Reimprimió en París el *Semanario* de Caldas, y no fue extraño—según nos manifestó el señor Menéndez y Pelayo—a la inclusión de las elegías de Castellanos en uno de los primeros tomos de la biblioteca de Rivadeneira. Escribió la biografía de Acosta, su hija y heredera de sus aficiones históricas, doña Soledad Acosta de Samper, esposa de don José María Samper, cuya fecundidad poligráfica casi emuló en su larga y laboriosa existencia. Entre sus libros de historia alcanza particular aprecio el titulado *Biografías de hombres ilustres o notables relativas a la época del descubrimiento, conquista y colonización*, impreso en Bogotá en 1883. Fue también novelista la señora Soledad Acosta de Samper, y entre sus producciones novelescas figura la relación *Teresa la limeña*, impresa con otras narraciones en Gante en 1869. Es obra algo romántica, escrita en fácil y vigoroso estilo, que revela la plenitud

de facultades de la narradora. Combinó la historia con la ficción en los cuadros que constituyen *Los piratas en Cartagena*, Bogotá, 1886. Publicó, además, otros muchos trabajos históricos y biográficos, viajes, libros relacionados con la educación y acción social de la mujer, etc., además de revistas como *La mujer*, de que era única redactora. Esta parte de su labor es más didáctica que literaria. Falleció en Bogotá en 1913.

Pertenecen también al dominio histórico los trabajos (no muy abundantes por desgracia) de uno de los varones más preclaros que tuvo la Nueva Granada: nos referimos al integérrimo republicano y sabio internacionalista don Pedro Fernández Madrid, hijo del poeta don José. Nació accidentalmente en la Habana, a donde había emigrado su padre, en 1817, y se educó en la Universidad de Oxford. Fue un tipo acabado de *scholar*, un ejemplar de perfecta cultura en lo político y en lo literario. Como don Andrés Bello, se negó tenazmente a ocupar puestos de primera clase en el ramo de relaciones exteriores, prefiriendo desempeñar cargos secundarios que le permitiesen llevar a cabo investigaciones y estudios en provecho de su patria. Así escribió sus informes sobre los límites de Colombia con el Brasil y con Costa Rica y su clásico estudio sobre *Nuestras costas incultas*. Con ellos dejó sentadas Madrid bases firmísimas para la defensa de nuestros derechos territoriales. Obra de su pluma es una preciosa biografía del prócer general Francisco de Paula Vélez. Pero donde pueden apreciarse mejor la exquisita cultura, la vasta ilustración, el claro ingenio y el elegante estilo de Madrid es en su correspondencia epistolar, de la cual publicó buena parte *El Repertorio Colombiano*. Ya trate temas políticos, ya históricos, ya literarios, ya se mantenga en los límites de una cariñosa intimidad, es Madrid un modelo en este

género tan difícil y tan poco cultivado en su forma genuina por los escritores españoles. De los epistolarios publicados en Colombia, el de Madrid y el de Caldas ocupan el primer lugar. Falleció Madrid en el pueblo que hoy lleva su nombre en febrero de 1875.

Sirvió también a la patria, en asuntos de límites, don Justo Arosemena, nacido en el mismo año que el señor Madrid. Fue hombre altamente respetable, y de sus grandes conocimientos dan idea su estudio sobre *Límites entre los Estados Unidos de Colombia y los Estados Unidos de Venezuela*, publicado en Bogotá en 1881, y sus *Estudios constitucionales sobre los gobiernos de la América latina*, 2 vol. París, 1878. Arosemena tuvo una lucida carrera diplomática y fue periodista en el Perú. Nacido en el Istmo, no flaqueó en su pecho el amor de la patria, y dejó una memoria limpia entre los hombres públicos de Colombia.

Grande humanista como Madrid fue el doctor Manuel María Mallarino, hijo de Cali (1808-1872), orador elocuente y hombre de Estado, a quien tocó firmar, como ministro de relaciones exteriores del general Mosquera, uno de los actos más trascendentales que ha ejecutado el país: el tratado de 1846 con los Estados Unidos. Llamado a ejercer la presidencia en época difícil, pasada apenas una gran revolución (1854), presidió una administración que todos los partidos han juzgado como modelo de honradez y de justicia. En *La Caridad* hay algunos artículos literarios suyos y una elegante traducción del diálogo *De la vejez*, de Cicerón.

El predominio de las ideas conservadoras en el gobierno y en la legislación terminó con la revolución iniciada en 1860 por el general Tomás Cipriano de Mosquera y con la expedición en 1863, de la Constitución de Ríonegro, en donde se estableció, en todo su rigor,

el sistema federal a imitación de los Estados Unidos y las libertades absolutas, preconizadas por el liberalismo francés de entonces. Fue agente principal en el campo de las ideas de esta transformación radical en nuestra vida constitucional el doctor Manuel Murillo Toro por medio de su periódico *El Tiempo*, desde cuyas columnas ejerció en el país grande y decisiva influencia. Murillo ocupó por dos veces la presidencia de la República y dirigió por largos años el partido radical con habilidad parecida a la que en España desplegó Sagasta. No era Murillo un escritor brillante, pero sí un periodista hábil; y si bien es cierto que algunos de los mejores artículos de *El Tiempo* no son de su pluma, sino de las muy expertas de Rafael Núñez, Santiago Pérez y Pablo Arosemena—según revelación de este último,— el hecho es que Murillo era el alma de esa política, el que, como dijo don Carlos Martínez Silva, supo aplicar la piqueta a las grietas de nuestra relajada organización social, minando el cuarteado edificio que dejaron los fundadores de la República. Puede observarse que las grandes transformaciones en Colombia han sido preparadas y realizadas en mucha parte por un periódico famoso. *El Tiempo* no tuvo en el campo opuesto opositor de semejante talla; esto explica en parte el éxito de la revolución; estaba el campo preparado.

El éxito indudable del género de costumbres y de la poesía festiva no ahogó otras manifestaciones artísticas. Y es de verse que hubo escritores en quienes coexisten tendencias románticas con la afición al género de costumbres. Tal se observa en Hermógenes Saravia, costumbrista en su artículo *Percances de un estudiante*, apasionado y patético poeta de tinte romántico en su magnífica poesía *En la tumba de María Herrera*. Otro tanto acontece con el dulce cantor de Lá-

grimas y espinas, Daniel Mantilla, autor de *El poeta llorón* y otros ensayos de este género. Mantilla dejó lindas páginas biográficas y necrológicas que anunciaban un grande escritor. Don José Joaquín Borda fue asimismo intérprete del *Childe Harold* de Byron, autor de un volumen de versos románticos y colector de un tomo de cuadros de costumbres. Borda fue un infatigable trabajador en la prensa y en el libro. Dejó, entre otras, dos obras dignas de aprecio: su *Historia de la Compañía de Jesús en Colombia* (dos volúmenes), Poissy, 1872, y la *Historia de Colombia contada a los niños*, Bogotá, 1876. En sus últimos días, herido ya por la muerte, escribió su mejor poesía: el solemne y cristiano romance que lleva este conmovedor título: *A los que vean mi cadáver*. Borda, nacido en 1835, falleció en Bogotá en 1878. A estos nombres debe agregarse el de la dulce poetisa religiosa doña Silveria Espinosa de Rendón (1815-1886).

Al lado de estos poetas menores del romanticismo brillan otros de personalidad más definida y vigorosa. Mario Valenzuela, íntimo amigo de Vergara y de Carrasquilla, fue un discípulo, tanto en verso como en prosa, de José Eusebio Caro. Nació en Bogotá en 1836, y vive aún, para honra de la Patria y de la Iglesia. Muy joven entró en la Compañía de Jesús y renunció al cultivo de la poesía. Pero en los breves años de su actividad literaria alcanzó a dejar bellas muestras de su ingenio, que constan en la colección de sus poesías (Bogotá, 1859), hecha por sus amigos. ¡*Triunfaste!* es un modelo de poesía idealista, en que el sentimiento amoroso flota en regiones vecinas de la elación mística, y la mujer aparece viva y real, pero transfigurada por un rayo de luz sobrenatural. *Recuerdo*, parece, por su brevedad y delicadeza, una anticipación de la poesía

becqueriana. En prosa dejó sus *Apuntamientos sobre el principio de utilidad*, que, por el vigor incisivo del estilo, el colorido poético, la vehemencia afectiva, recuerdan un escrito célebre de Caro, ya citado. Es de sentirse que la renunciación del mundo haya sido tan completa en el padre Valenzuela que nos haya privado de los frutos que podían esperarse de su gran talento y de su profunda ciencia, de los cuales es último testimonio el precioso libro *Compendio del Código Civil en armonía con la conciencia*. Panamá, 1910. Tiene Valenzuela una gloria parecida a la de Ozanam en Francia, pues fue el fundador de la admirable Sociedad de San Vicente de Paúl en Bogotá.

José María Pinzón Rico (1834-1887) es el tipo del trovador fácil, armonioso y rotundo, cuyas estrofas se graban en la memoria y son grata música para el espíritu. Tuvo gran popularidad en su tiempo; hoy se conoce más su nombre que sus versos; pero tendrá siempre puesto en las antologías *El despertar de Adán*, canto de inspiración gnesica, en cuyas estrofas bullen auras del paraíso y se sienten vibraciones de la energía vital, animadora del mundo.

Si Pinzón Rico guarda huellas del bardo romántico, en cambio fue cultivador de un noble clasicismo don Belisario Peña, natural de Zipaquirá y que residió la mayor parte de su vida en el Ecuador. Peña es el poeta místico de nuestra literatura; sus cantos guardan aroma de incienso y olor de nardo evangélico. Su alma tierna, apasionada e ingenua, se derrama a los pies del altar, reflejando panoramas celestes en el limpio cristal de sus aguas. Pero no fue solamente poeta afectivo; se elevó a las alturas de la poesía teológica, como discípulo de Dante, en su extenso canto a la Inmaculada Concepción. Peña trabajaba mucho, a veces

con exceso, la forma poética, y en ocasiones la nobleza del estilo degenera en artificio. Cultivó la poesía elegíaca, y a este género pertenece su mejor composición; la dedicada a la muerte de Francisco Ortiz Barrera: inspiración melancólica, de intenso sentimiento y suaves rasgos descriptivos, con algo de la penetrante música lamartiniana. Peña nació en 1836 y falleció en 1906. Sus poesías fueron coleccionadas por el sabio arzobispo de Quito, señor González Suárez.

Hermano de Peña en poesía fue el padre Teódulo Vargas, que residió también largos años en Quito, y allí escribió sus mejores poesías, entre las cuales sobresale *El crucifijo del jesuita*, obra de admirable inspiración ascética, que se desarrolla sin tropiezo en amplio raudal de ondas armoniosas.

Nació en Colombia, de madre colombiana, y pasó sus primeros años en su ciudad natal, Cartagena, un poeta que fue ornamento de la literatura venezolana, pero que también podemos reclamar por nuestro: este es José Antonio Calcaño, el más ilustre representante de una gloriosa dinastía literaria. Calcaño, como Peña, fue un poeta de suave inspiración religiosa, profundamente ortodoxo, como lo demuestra su oda *Al Concilio Vaticano*, cultivador de la forma clásica. Pero su residencia en Inglaterra lo hizo recibir influencias de la poesía romántica del Norte; y de allí procede esa inspiración melancólica y soñadora, que ya gime en las estrofas de *La saboyana*, ya se goza en revivir bellos panoramas y dulces recuerdos en las admirables estrofas *A orillas del Tamaira*. También nació en Colombia y vivió en Venezuela, Amenodoro Urdaneta, poeta y sobre todo erudito, como lo manifiesta en su libro *Cervantes y la crítica*, que ha merecido el honor

de ser citado frecuentemente y con elogio por el gran cervantista Rodríguez Marín en su comentario del *Quijote*.

Ahora comparece una de las figuras más originales de nuestra literatura: Diego Fallon (1834-1906). En él, como en Isaacs, había una mezcla de razas que probablemente contribuyó a dar sello especial a su genio. Matemático, ingeniero graduado en Inglaterra, músico insigne, inventor de un nuevo e ingenioso método de notación musical, conversador inagotable, de cuya mente brotaban en tropel las imágenes como chisporroteo de fuegos artificiales, era Fallon, como poeta, el más reverente y escrupuloso cultivador del arte, el más anheloso de buscar la perfección pura y sin mancha. De aquí que, poseyendo tan viva fantasía, siempre en ebullición, y facilidad tan admirable para improvisar, dejase por todo haber unas pocas composiciones, que se pueden contar con los dedos de la mano. Tres son las piezas características de Fallon: *La luna*, *La palma* y *Las rocas de Suesca*. La primera tiene algo de la inspiración etérea, de la música sutil y arrobadora, de la extraña mezcla de hondo pensar y de visionaria fantasía que caracteriza los cantos de Shelley. Nunca en nuestras letras se habían presentado panoramas más solemnes y fantásticos, ni se había interpretado el simbolismo de la naturaleza con acento más sugestivo y profundo. El poeta, después de pintarnos el mundo físico con suaves y evanescentes matices, nos hace inclinar la frente ante la impresión de lo eterno y lo infinito. Algunas estrofas de *La luna* alcanzan la esfera de lo sublime; son como ráfagas del mundo sobrenatural. *La palma* ofrece construcción más arquitectónica; es menos musical que *La luna*, pero tiene más precisión de líneas; recuerda algo el estilo de Bello, pero con ritmo más muelle y gentil. *Las rocas* son ejemplar úni-

co de poesía científica con formas humorísticas: el poeta, con evocación titánica, reúne un aquelarre de monstruos prehistóricos, los hace hablar con voces majestuosas y revelarnos, en tono oracular, sus milenarios orígenes. Fallon juega con lo sublime como otros con lo trivial y prosaico. Fallon podría clasificarse como parnasiano por su inspiración objetiva y el primor exquisito de sus estrofas, que tienen la transparencia de diamantes tallados por un orfebre.

Entramos ahora en un nuevo período, que puede caracterizarse por la fundación de la Academia de la Lengua y la publicación del *Repertorio Colombiano*, que Menéndez y Pelayo consideraba como la mejor revista de su clase en la América Española. En esta época predomina la influencia de dos preclaros varones, hijos de Bogotá, cultivadores de estudios similares y cuya carrera empezó casi a un tiempo mismo y terminó gloriosamente con diferencia de pocos años; sus nombres fueron: Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo. Nótese en este período un mayor acercamiento a España; una afición más decidida al esmerado y correcto cultivo de la lengua; el desarrollo de los estudios filológicos; el predominio del buen gusto, aun en géneros antes descuidados. Caro (1844-1909) es el literato más completo que ha tenido Colombia, el cerebro mejor organizado del país, según frase de su adversario don Carlos Martínez Silva. Desempeñó Caro en Colombia un papel análogo al de Bello en Chile, por la autoridad de su magisterio, la eficacia civilizadora de su influencia, la rica variedad de sus facultades. Ambos fueron insignes polígrafos, poetas y jurisconsultos, críticos y filósofos, humanistas a la manera de los grandes hombres del Renacimiento. Pero Bello era un patriarca que enseñaba en el sereno ambiente

de la cátedra, y Caro un luchador formidable, que crecía en la contradicción y a quien la musa de la indignación ponía en los labios frases de destructora ironía. Ambos se habían criado en el estudio y en la admiración de la literatura latina, y de esta educación guardaron cierta grandeza y majestad de pensamiento; el instinto de proporción y de regularidad, que busca la euritmia de las formas y da a las construcciones intelectuales la sólida estructura de las obras arquitectónicas. Ambos tuvieron fijos los ojos en la Roma antigua para cuanto se refiere al arte y a la jurisprudencia, y a la Roma cristiana para cuanto se relaciona con las creencias y los anhelos suprasensibles del hombre. Caro, como todo espíritu superior, buscaba, con impulso irresistible, la unidad. La anarquía religiosa e intelectual lastimaba las más hondas tendencias de su mente. Pero no quería la unidad tiránica del despotismo oriental, que anula la voluntad y paraliza el pensamiento, sino la que permite el armonioso desenvolvimiento de la actividad humana en la rica variedad de sus manifestaciones. Predomina en Caro una potente facultad analítica, que le sirvió en sus campañas de *El Tradicionista* para conmover el edificio de la política radical e hizo de él el primer crítico literario del país, en sus hermosos estudios del *Anuario de la Academia* y del *Repertorio Colombiano*; que dio agudeza a su criterio filológico en el *Tratado del participio* y en la *Sintaxis latina*; y lo adiestró para interpretar las leyes con la novedad que revelan sus informes como consejero de Estado y varios de sus mensajes presidenciales; que lo hizo irresistible en la polémica periodística y en la tribuna parlamentaria. Todo vacilaba y se convertía en polvo al empuje de aquel ariete intelectual, que asestaba golpe sobre golpe. Pero este po-

der de análisis no se opuso al desarrollo del sentimiento poético en el alma de Caro, que empezó y cerró su carrera escribiendo versos. Su primer volumen de *Poesías* (1866), obra juvenil, contiene más traducciones que obras originales (como ocurre también en los *Estudios poéticos* de Menéndez y Pelayo), y se ven por dondequiera huellas de los clásicos españoles, especialmente de León y de los poetas sevillanos. Estas composiciones son más bien ejercicios de estilo que verdaderas inspiraciones, a excepción de la bellísima silva *A Eugenia Bellini*. Más adelante, su pasión amorosa por la distinguidísima dama que fue compañera de su vida renovó su inspiración, que en el libro *Horas de amor* adquiere blandas y delicadas formas; y en vez de la rigidez de líneas, busca la vaguedad e imprecisión de la poesía musical. Allí alternan con las liras y tercetos clásicos combinaciones estróficas de corte romántico. El poeta sigue el vuelo vagaroso de *Las aves*; siente el íntimo encanto de *Las almas buenas*; expresa la emoción de una mirada pensativa; se mece en la red aérea de los *Sueños*. El género favorito de Caro era la meditación filosófica y elegiaca, como lo comprueban sus dos obras maestras: *La vuelta a la patria* y la oda *A la estatua del Libertador*, en la cual expresó Caro la tristeza infinita del héroe. Como traductor en verso dejó su versión completa de Virgilio, colocada por Menéndez y Pelayo en primer puesto entre las castellanas, y gran cantidad de traducciones de autores clásicos, especialmente Tibulo y Horacio, y de poetas modernos como Lamartine, Byron y Sully-Prudhomme. En este género tiene pocos rivales en castellano. Su talento filosófico se exhibe principalmente en su informe universitario sobre la filosofía de Tracy, y en su libro sobre *El utilitarismo*, donde expone, en

todo su rigor, las consecuencias del sistema de Bentham. Su c terero criterio filológico resplandece en el discurso académico sobre *El uso en sus relaciones con el lenguaje*. La Constitución de 1886 es, en sus líneas generales, obra suya. Tenía Caro mucho de la rigidez majestuosa, de la lógica implacable, de la extremsidad afectiva de José de Maistre, a quien rendía verdadero culto. Como él desde n  la efímera popularidad, por recrearse, en cambio, en la contemplación de las ideas puras y eternas y de las formas perfectas.

(Continuará)

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

A LOS OJOS DE JESUS

Ojos bellos, que me d is
Dulce muerte con mirarme;
Ojos que con no mirarme
Dulce vida me quit is.

Vuestra bondad o rigor
Siempre a morir me condena:
Si no me mir is, de pena,
Y si me mir is, de amor.

Mas si tal es mi destino
Que de todas suertes muero,
De amores morirme quiero:
Miradme, Jesús divino.

H. RAFAEL REYES, S. J.

REVISTA

del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO.—FILOSOFIA.—CIENCIAS.
LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....\$ 0,20 oro

Suscripción por año (adelantada)..... 2,00 »

Número atrasado..... 0,30 »

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, señor don Ernesto Merizalde Dur n, apartado de correos número 72.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico